

ENTREVISTA A EDDA SANT OBIOLS

Pensar la educación democrática como construcción de conocimientos disciplinares, pedagógicos y didácticos con los alumnos, tanto en las escuelas como en las universidades

*

Universidad Nacional del
Comahue (Argentina).
virginiatano@gmail.com
3.jimenarodriguez@gmail.com

*Por Virginia Tano y Jimena Rodríguez**

Edda Sant Obiols es doctora en Didáctica de las Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de Barcelona. Su tesis se concentró en L'ensenyament i l'aprenentatge de la participació (La enseñanza y el aprendizaje de la participación). Actualmente, se desempeña como profesora en University of Manchester. Antes de empezar su trayectoria en la universidad, Edda fue docente de ciencias sociales en diferentes institutos de secundaria en Catalunya. Sus investigaciones y sus respectivas publicaciones se relacionan con la educación política, la educación democrática y la educación para la ciudadanía. En estas áreas, ha publicado libros y artículos en revistas como Review of Educational Research, Theory and Research in Social Education, y Enseñanza de las Ciencias Sociales. En su último libro "La educación política en tiempos de populismo" trata sobre cómo podemos desarrollar una educación política radicalmente democrática en el actual contexto de crisis de la democracia.

Observando tu trayectoria, desde tus inicios hasta la actualidad, ¿qué temas, preocupaciones de interés e inquietudes te han movilizado hacia el campo de la didáctica de la Historia y de las Ciencias Sociales?

Edda Sant Obiols (E.S.O.): Bueno, en mi familia muy pocas personas tienen formación en este campo. Aquellos que la tenían eran profesores y maestros de matemáticas. A mí me gustaban mucho las matemáticas, pero no quería ser maestra ni profesora en ello. Y en un momento determinado me decidí empezar a estudiar cuestiones humanísticas. Mi carrera en Historia, Filosofía, Geografía y Política es una combinación de todo. Por casualidades de la vida empecé a trabajar con gente joven y me di cuenta que realmente me encantaba trabajar con los jóvenes y enseñar. Colaborar y participar juntos. Y el problema, que en ese momento identifiqué, fue que no quería ser profesora en matemáticas.

Quería enseñar algo que a las y los jóvenes realmente les interesara y que puedan debatir y discutir. Que puedan vivenciarlo. Así terminé siendo profesora de Historia, Geografía, Ciencias Sociales y Educación para la Ciudadanía. De hecho, comencé por esto cuando empecé a trabajar como profesora de secundaria alrededor de Barcelona, en la asignatura de Educación para la Ciudadanía. Una asignatura que ya estaba en España para ese entonces. Yo encantada.

La asignatura realmente movía las pasiones de los y las estudiantes. De una manera brutal. Estaban interesados en participar y era la asignatura que más disfrutaba planificar y dar. Pero la que también más me mostró algunas de las limitaciones y básicamente la limitación principal. Esto de, aunque tuviésemos muchos debates cada semana y todos estaban súper involucrados, cuando llegaba el momento: ¿qué hacíamos con eso? ¿cómo cambiamos las cosas? Más aún cuando todos decían “no podemos cambiar nada”, “todo está dado por hecho”, “los gobiernos son corruptos”, “los jóvenes no tienen voz”. Básicamente la preocupación fue que a los chicos y a las chicas les daba la sensación de que no podían hacer nada para cambiar el mundo en el que vivían de manera política.

Eso fue lo que me llevó a querer saber más. A querer estudiar e investigar. Y me llevó de vuelta a la Universidad a empezar el programa de doctorado con Joan Pagés, Santisteban y con los colegas de la Universidad Autónoma de Barcelona. Mientras era profesora, y hacía parte del máster, tuve la suerte de que me dieran una beca de formación de profesorado universitario. Con eso pude sacar una excelencia como profesora y centrarme únicamente en mi carrera de investigación. Ahí ya tenía decidido qué investigar para mi tesis: la enseñanza y el aprendizaje de la participación política.

Desde aquel inicio, mis inquietudes en la didáctica de las ciencias sociales, la investigación y la docencia, han evolucionado. Lo hicieron con los tiempos,

con el contexto político y con lo personal. Luego de investigar el tema de la participación política comencé a interesarme muy de manera explícita en el movimiento independentista que estaba pasando en Cataluña. En las cuestiones del nacionalismo, en las discusiones en relación a la ciudadanía global. Y eso poco a poco me llevó a pensar en la cuestión del populismo y la respuesta desde la educación al populismo.

Hasta entonces mi trabajo había sido bastante más empírico. Pero a partir de entonces hubo un viraje a cuando comencé a leer bastante de teoría política, por ejemplo con Laclau y otros, y a interesarme un poco más en teorizar lo que era la Didáctica de la Historia y las Ciencias Sociales y la educación política en la educación democrática. En entender la política desde la relación entre ciudadanos/as y las instituciones hacia las relaciones de los y las ciudadanas entre sí mismos. Y aquí es donde mi investigación actual se centra: en cuestiones del desacuerdo político y cómo tratar la diferencia, los conflictos en el aula en espacios reducidos. Mirar el impacto que las diferentes polarizaciones de hoy en día tienen en lo que sucede en el aula y cómo trabajamos o facilitamos a los y las jóvenes a construir un mundo en el que podemos, al menos, tolerar aquellas opiniones con las que no estamos de acuerdo, para no desaparecer frente aquellos con los que sencillamente no compartimos algo. Estos son en general los diferentes temas de interés con los que he ido trabajando y pensando a lo largo de estos años.

El contexto me ha influido. No tengo muy claro si esto es lo que debe movilizar las investigaciones en Didáctica de la Historia o si es así para todo el mundo. Pero sin duda es lo que me ha influenciado a mí. Y desde aquí en cierta medida deberíamos pensar cuál es el mundo en el que vivimos y repensar lo que hacemos en Historia y en Ciencias Sociales. Lo que hacemos en la investigación sobre su Didáctica en respuesta al mundo en el que nos encontramos. Eso no quiere decir que no tengamos cuestiones que sean más duraderas, pero sí que nos ayuda a mantener los ojos abiertos. A abrirnos a pensar el mundo en el que vivimos. El mundo en que los niños y las/los niños, los jóvenes y las jóvenes crecen y en el que nosotros operamos aún. Me influye mucho a mí. No tengo muy claro que influye igualmente a todos, ni que deba hacer así.

Cuando observas las indagaciones y producciones existentes en el campo, ¿se han atendido a estas preocupaciones que en tu caso emergieron desde el aula y del contexto?

(E.S.O.): Creo que sí, hasta cierta manera. Por un lado, se han atendido mucho. Por el otro, creo que muy poco. Si miramos la mayoría de los artículos o libros que se escriben relacionados con la educación democrática, entre otros, la mayoría

comienza planteando que nos encontramos en un contexto de polarización, en un contexto de populismo, y por lo tanto hacemos tal cosa. Pero lo que no me queda muy claro es que con ello se responda al contexto, en el sentido de que se adapten al contexto. Hay polarización, pero la respuesta acostumbra a ser la misma de antes de que hubiera polarización. Es decir, las respuestas que se dan no siempre son adaptadas.

Por ejemplo, un tema que considero que se ha avanzado es la democratización de quién está y no está incluido en la Historia y su enseñanza. También los intentos de incorporar visiones desde el feminismo, de los niños, posiciones decoloniales, tanto en la formación inicial del profesorado como en su formación en las escuelas. Cambios que realmente viví y noté, de lo que se hace. En cambio, noto más resistencias –totalmente comprensibles– cuando empezamos a discutir cuestiones de conocimiento. Cuando se intenta democratizar lo que es el conocimiento y lo que es el conocimiento histórico y social, sobre quién tiene derecho a hablar y sobre qué. Obviamente, esto choca con una manera de entender el mundo, de entender la educación que el maestro o el profesor necesita. A menudo se piensa que el profesor universitario es el que sabe y obviamente esto lleva a momentos traumáticos. Pues, para el estudiantado es como estar diciéndole que su conocimiento no es legítimo. En este sentido, en las cuestiones relacionadas con lo que sería la epistemología y los temas que se le vinculan, considero que en la Didáctica de la Historia y de las Ciencias Sociales todavía nos queda camino para recorrer y para explorar.

En esta orientación, cuando sostenes que educar para la democracia es una finalidad de la didáctica de la Historia y de las Ciencias Sociales, ¿qué apuestas debería asumir el profesorado?

(E.S.O.): Desde mi punto de vista, cuando pensamos la democracia como una finalidad de la enseñanza de Historia y de las Ciencias Sociales, creo que hay diferentes maneras de pensarlo. La manera en que a mí me gusta hacerlo es como un punto de partida. El pensar la democracia como una aspiración que forma parte de nuestras prácticas. A esto iba con las cuestiones epistemológicas y la construcción del conocimiento escolar. Un ejercicio que hago muchas veces con estudiantes de grado es reparar en que, si pensamos la democracia únicamente como un destino, sólo como un horizonte, lo que acaba pasando es que el o la docente es quién sabe y quién les explica a los otros lo que es la democracia. O bien, cuáles son los conocimientos que uno tiene que adquirir para ser buen demócrata. Y esto, desde mi punto de vista, es problemático en muchos sentidos.

En mi ejemplo anterior de los matemáticos, alguien puede venir y explicar qué es una ecuación. Pero si vengo y explico qué es la democracia me estaría contradiciendo a mí misma. Mientras que si pensamos la educación democrática como finalidad, más bien deberíamos pensar en cómo construimos los conocimientos disciplinares, pedagógicos y didácticos con los alumnos, tanto en las escuelas como en las universidades. Aquí es donde volvemos a los problemas del conocimiento y a cómo cambiamos la manera de entender lo que es el profesorado, a cómo podemos pensar un profesorado más democrático, a que se legitime en algo más, en algo diferente del mero tener los conocimientos. Esto es muy particular, pero desde mi punto de vista un buen profesor o buena profesora de Historia no necesariamente tiene que ser por tener los mayores conocimientos. Creo que podemos ser un/a buen/a profesor/a obviamente por poseer unos conocimientos disciplinares. Pero sin ser esto lo que centra a su persona. Si como tal, como persona, está abierta a escuchar a sus estudiantes, también a las familias y a la comunidad en la que se encuentra la escuela, seguramente estará en predisposición de construir modelos democráticos que partan de abajo para arriba, más que desde arriba para abajo. Desde el construir conjuntamente la enseñanza de la Historia y de las Ciencias Sociales de manera más democrática. No sólo como horizonte sino una práctica del día a día.

¿Qué rol ocupa en ello el pensamiento crítico y creativo?

(E.S.O.): En nuestra área hemos trabajado muchísimo el pensamiento crítico y se ha escrito mucho y creo que hay mucha virtud en muchos de los trabajos que se han hecho. Pero no sé si está relacionado o no. Hemos descuidado un poco, creo, la parte del pensamiento creativo. Y desde mi punto de vista, un buen pensamiento crítico también requiere de pensamiento creativo. Porque si no tenemos alternativas, tampoco podemos ser muy críticos. Y lo que nos ofrece el pensamiento creativo es la posibilidad de alternativas, la posibilidad de pensar fuera del molde, la posibilidad de ver otras cosas. Y es aquí también donde creo que, desde la Didáctica de la Historia y de las Ciencias Sociales, tenemos mucho camino para realizar, para caminar.

Obviamente que no en todo el mundo, pero muchas veces es como que se espera que el alumnado llegue a las conclusiones que nosotros pensábamos que debe llegar. Algo que es evidente en la manera que en que se espera que deben articular, escribir o decir. En ello, básicamente, el pensamiento crítico en algunas ocasiones ha acabado siendo que el alumnado piense lo mismo que nosotros. Y desde mi punto de vista, esto tampoco es muy crítico. Si realmente valoramos los dos, el pensamiento crítico y el pensamiento creativo, tenemos que

estar abiertos, abiertas, a la posibilidad que el alumnado llegue a conclusiones diferentes de las que nosotros nos habíamos imaginado. Tenemos que estar abiertas a la posibilidad de que estén en desacuerdo con lo que nosotros creemos. Porque tienen diferentes perspectivas, porque tienen diferentes experiencias, porque son de otra generación, porque son de otra cultura, otra etnia, entre otras. Y no necesariamente porque saben menos que nosotros. En ese sentido, creo que si nos acostumbramos a pensar el pensamiento crítico junto con el pensamiento creativo, nos fuerza un poco a pensar esto de que hay más de una alternativa. Y que el pensamiento crítico sin el pensamiento creativo puede acabar encasillándonos a una manera de pensar que en sí misma no es necesariamente muy crítica. La Historia, la Geografía, tienen muchísimo que ofrecer para plantear alternativas. Y creo que lo podríamos hacer no sólo en relación con lo que son los contenidos disciplinares, sino también trabajando con colegas de otras disciplinas, por ejemplo, de las lenguas. Que podemos compartir inquietudes y plantearnos cómo sería la sociedad, qué modelos de sociedad podrían existir, cuáles han existido en el pasado, cuáles han existido en otros sitios, cuáles escritores se han imaginado y que nunca han existido. Y eso creo que nos abre un poco el abanico de posibilidades. Para re-enfatizar la importancia de los dos, de lo que sería el pensamiento crítico y el pensamiento creativo juntos.

Esto de la democratización del conocimiento, ¿se vincula entonces con la construcción de conocimientos en la clase escolar?

(E.S.O.): Exactamente. Siguiendo a Gilles Deleuze, a veces me imagino el pensamiento crítico como si fuera un árbol que va ascendiendo, que cada vez es más concreto y más perfeccionado, hacia arriba. Pero el pensamiento creativo es horizontal, en el sentido de que nos ayuda a pensar diferentes alternativas. Pues volviendo a lo que decías tú, la enseñanza y el aprendizaje los podemos imaginar de alguna manera hacia el conocimiento o como una expansión, como una democratización de lo que es el conocimiento. Si construimos el conocimiento con otros y otras, estamos expandiendo el conocimiento. No estamos creando conocimiento si lo hacemos al revés. Más bien, estamos ampliando las raíces, por decirlo de alguna manera.

En ello, ¿qué desafíos y vacancias deberíamos asumir hoy por hoy desde el campo de la formación didáctica en Historia y en las Ciencias Sociales?

(E.S.O.): Bueno, creo que hay muchos desafíos que son un poco contextualizados. Por ejemplo, en muchos contextos como Inglaterra, desde donde yo me

encuentro, uno de los principales desafíos es que todo lo que no sean las ciencias, las matemáticas y el inglés, está perdiendo poder social. En el sentido de que está casi desapareciendo de las escuelas y de las universidades porque no es instrumental. Porque no sirve para hacer dinero a corto plazo en un modelo muy neoliberal. Algunos de los desafíos son muy locales y creo que afortunadamente este desafío en el que yo vivo día a día aquí en Inglaterra no es uno que sea compartido en otros sitios. Estoy segura de que en España no es el caso y por lo que yo sé, allá con vosotros también, el rol de la enseñanza de la Historia todavía tiene un peso destacado en las escuelas y en la formación del profesorado.

Con respecto a los temas que conversábamos anteriormente, creo que hay un interés para trabajar esto de la democratización del conocimiento y pensar otras maneras de pensar la formación del profesorado en Historia y Ciencias Sociales. De cómo legitimamos el rol del profesorado. Cómo cambiamos la mentalidad para aquellos que llegan a las universidades porque quieren ser maestros y maestras o profesores y profesoras. De cómo cambiamos la mentalidad, por ejemplo, de aquellos que se han estudiado una carrera de Historia, para que entiendan o se abran a la posibilidad de repensar lo que les legitimará como docentes, que no necesariamente es el conocimiento sino otras posibilidades. ¿Cómo hacemos ese cambio de mentalidad? Si es que queremos hacerlo. Yo quiero hacerlo, pero eso no quiere decir que todo el mundo quiera hacerlo. Este es un punto.

Un segundo punto, si realmente intentamos hacer esto, luego nos encontraremos en la situación de que los y las jóvenes en las aulas van a discrepar con uno o con una. De que pueden estar o no de acuerdo con lo que nosotros creemos. Aquí el desafío es, entonces, ¿cómo negociamos esto? ¿Cómo negociamos esta situación cuando los y las alumnas tienen visiones políticas totalmente divergentes, diferentes de las nuestras? ¿Cómo negociamos esto en un contexto en que algunas de estas visiones políticas que el alumnado puede defender van en contra de nuestros valores más aferrados? Incluso de los valores que nosotros consideramos democráticos. Pueden ser visiones racistas, visiones misóginas. ¿Cómo negociamos esto? ¿Cómo mantenemos nuestra visión abierta y democrática al mismo tiempo que respondemos a visiones que quizá no son tan abiertas o tan democráticas? ¿Cómo negociamos todo esto? ¿Cómo negociamos el querer enseñar a estos con colegas que también pueden tener estas visiones que podemos considerar totalmente problemáticas y antidemocráticas? Con docentes en el aula, en las universidades y en las escuelas, que son responsables de lo que pasa ahí. ¿Cómo tratamos la opinión de una persona que está haciendo un comentario racista, intentando educar a esta persona, al mismo tiempo que de alguna manera intentamos proteger

los derechos y la persona del niño o la niña en la clase que se siente afectado? ¿Cómo preparamos a los futuros maestros y maestras para tratar todo esto? Me parecen desafíos súper grandes desde mi perspectiva y no tengo una respuesta acabada. Muchas veces termino pensando que las respuestas que podemos dar a estas paradojas deben ser contextualizadas. En el sentido de que casi son los mismos y las mismas docentes los que se van a encontrar en esta situación y van a tener que reaccionar de la manera que ellos o ellas puedan.

Pero ¿cómo los preparamos para reflexionar, para que sean los profesionales reflexivos, que puedan aprender de estas situaciones, aprender a cómo negociar estas situaciones, aprender a sobrevivir emocionalmente en estas situaciones? Creo que, por ejemplo, uno de los aspectos sobre los que deberíamos sinceramente centrarnos en la formación del profesorado es en esta educación, que no sé si llamarla emocional o educación en las emociones, en la que los maestros y las maestras se sientan frente a estas situaciones al menos acompañados. En estas complejidades que uno o una se puede encontrar en las aulas, de manera particular, si intenta democratizar la cuestión del conocimiento.

Claro, frente a todo lo que implica el generar mayor participación y construcción democrática desde la clase escolar...

(E.S.O.): Sin Duda. Desde mi punto de vista, frente a lo que nos moviliza políticamente. De alguna manera con lo emocional, en el sentido de que son nuestras pasiones las que entran en juego. Sin que signifique lo pasional ninguna connotación negativa, ni mucho menos. O sea, si yo tengo pasión por la justicia social, es eso lo que me moviliza, es mi pasión por eso. No es una reflexión racional de lo que la justicia social es. No, no es eso. Es casi un enlace afectivo con estos valores. Y en ese sentido, por ejemplo, ahora estoy trabajando con el Ayuntamiento de Manchester y estamos mirando cómo poder involucrar a los jóvenes para que voten en las elecciones y todo va en esa línea. Todo va en la parte emocional, en la sensación de que te tienes que posicionar porque es una pregunta que te requiere una respuesta emocional. Y creo que sí, que esto lo podemos trabajar mucho más en las aulas, en las escuelas y en la Universidad. Y el tema de lo que comentabas de fomentar aspectos creativos, creo que de hecho está muy relacionado. Porque muchas veces lo que pasa, y lo pienso con mucha prudencia, es que tenemos algunas maneras de pensar lo que es la política que están muy estabilizadas y muy fijas. Esto de que la política es la discusión verbal, en un Parlamento, etc. Y los y las chicas no se sienten que esta es la manera en la que ellos se comunican propiamente, y que casi se excluyen de ellas. Esto de ¿por qué tengo que participar en este debate y tener que hacer un argumento y luego otro argumento? Que hay

otras maneras de participar que realmente pueden ser igual o más efectivas y afectivas. Maneras que creo no estamos trabajando tan ampliamente desde la Enseñanza de la Historia y de las Ciencias Sociales. Pero tampoco en la formación del profesorado en Historia o en Ciencias Sociales. Es decir, que no se trata solo de una cuestión de democratizar los conocimientos sino también de democratizar los métodos, por decirlo de alguna manera. Y aquí, todo lo que serían maneras de manifestarse o de expresarse de manera creativa y por fuera de lo que serían nuestros moldes tradicionales, creo que ofrecen sin duda muchas otras posibilidades.

Edda, muchas gracias por todos tus valiosos aportes. Y por esta oportunidad de contar con ellos y tu participación en esta entrevista.